

## HISTORIA DE UNA CORTESANA

---

### I

Mis primeros recuerdos se remontan al año 1767, en que tenía tres o cuatro de edad. Jamás he podido saber la fecha exacta de mi nacimiento. A través de una percepción vaporosa como la niebla, véome en compañía de mi madre, efectuando una prolongada marcha por entre montañas, ora llevada a hombros, ora caminando a su lado, asida de la mano o tirando de su vestido. De vez en cuando, algún arroyo detenía nuestro paso, y entonces mi madre, cogiéndome en brazos, lo atravesaba y me soltaba al llegar a la otra orilla. Eso debía acaecer en invierno o a fines de otoño. Sentía frío continuamente, y algunas veces también me atormentaba el hambre.

Cuando atravesábamos por alguna ciudad o algún pueblo, mi madre se paraba frente a una panadería y con suplicante voz pedía un pan, que casi siempre le daban.

Raras veces pernoctábamos en poblado, pero solíamos hacerlo en las granjas solitarias, a cuyos moradores rogaba mi madre que nos permitiesen acostar en el granero o en el establo. Las noches que pasábamos en un establo, eran para mí un festín, pensando en el vaso de leche de vaca recién ordeñada con que a la mañana siguiente, antes de reanudar la marcha, solían obsequiarme el cortijero o la moza del cortijo.

Por la distancia que recorrimos, calculando que las etapas fuesen de cuatro o cinco leguas diarias, nuestro viaje duró una semana aproximadamente. Al fin llegamos a la ciudad de Hawarden, que era el término de aquél.

Mi padre, de nombre Juan Lyon, había muerto, y mi madre abandonaba la población donde le había perdido, para ir a pedir a su familia, que residía en Hawarden, algún socorro para poder subvenir a nuestras comunes necesidades.

Aquí pierdo la noción de las cosas, y, algunos meses más tarde, véome convertida en zagala de un pequeño ható de carneros, en una alquería donde mi madre estaba empleada en calidad de sirvienta.

Con relación a lo pasado, me sentía feliz. Había llegado la primavera. La ladera del collado adonde llevaba a pastar mi hatajo, era una vasta alfombra de brezos y tomillo, que mis carneros pacían con fruición y yo tejía coronas para mí. Al atardecer regresaba a la alquería y me acostaba en el aprisco del pequeño rebaño confiado a mi cuidado. A mi cotidiana alimentación eran suficientes las frugales provisiones contenidas en una cesta que me habían destinado: un poco de queso o de manteca, a veces un huevo cocido, y pan. Mi perro participaba de este habitual refrigerio. Luego que habíamos almorzado o comido, íbamos a beber a una fuente vecina que formaba una cuenca diáfana como el cristal, an-

tes de desbordarse y correr como un hilo de plata por la pendiente del montecillo. Tres o cuatro años se deslizaron en esta forma, sin que ningún suceso viniese a trazar huella alguna en mi memoria, alterando la plácida armonía de aquella existencia.

Un día que bebía, como de costumbre, agachándome hacia la fuente y que llevaba una corona de brezos rosados entremezclados con margaritas, me detuve, en el preciso instante de ir a tocar el agua con mis labios, y por vez primera eché de ver que era bella.

He incurrido en error diciendo que advertí que era bella; ignoraba en qué consistía la belleza. Jamás había tenido a mano un espejo en el que poder mirarme; pero el rostro que reflejaba la superficie del remanso me agradó, y le sonreí, acercando mis labios al agua, no tanto por beber como para darle un beso.

A partir de aquel momento establecí mi tocador en las márgenes del manantial, tejiendo y destejiendo coronas hasta que quedaba satisfecha de mí misma, contento que manifestaba abrazando a mi propia imagen.

Esta ternura prodigada a mi persona, pudo, en cierta ocasión, haberme sido fatal: mis manos resbalaron sobre el césped, y caí en el arroyo, en cuyas aguas habría perecido, a no ser por mi perro, que me tiró de la falda.

Era tan limitada la idea que tenía del bien y del mal, que, para secar mis ropas, me desnudé completamente. Estando así, enjugando a los rayos del sol mi desnudo y mojado cuerpo, oí que me llamaban. Me levanté y vi a mi madre que venía en mi busca. Corrí hacia ella, que me reprendió severamente, sin que me fuese dado comprender exactamente el motivo de su reprimenda.

Habíase operado un cambio favorable en nuestro modo de ser. Mi madre acababa de recibir del conde de Halifax una pequeña cantidad que debía repartir conmigo. La parte señalada para mí, había de ser destinada a mi educación.

Nunca me he explicado suficientemente la causa de esta munificencia

del conde Halifax, ni he obtenido de mi madre la menor explicación sobre el particular. En el cortijo se esparció el rumor de que la sangre que corría por mis venas era quizá de más noble alcurnia que la de Juan Lyón. Libremente Dios de inculpar a mi madre; pero, si tales susurros eran fundados, encontraría en ello el por qué de aquellos indefinidos deseos e incesantes aspiraciones que alimentaba por una categoría social a la que he llegado, por más que no parecía ser ése mi destino.

Venía mi madre a comunicarme que, desde el día siguiente, iba yo a dejar la ocupación que desempeñaba en la alquería, para entrar, como interna, en un colegio de señoritas, que algunas veces, el jueves o el domingo, veía pasar por las inmediaciones del cortijo.

—Mamá—fué lo primero que me ocurrió decir.—¿tendré, como ellas, un bonito sombrero de paja y un lindo vestido azul?

—Sin duda—respondió mi madre,—puesto que es el uniforme de todas las pensionistas.

Salté de gozo. Parecióme que iba a resultar muy bonita con semejantes atavíos, que ni en sueños jamás me habían adornado. Dándoles sendos besos me despedí de mis carneros, de los que se hizo cargo un joven pastor que vino a reemplazarme.

Mis palabras de despedida más afectuosas fueron para el perro. El fiel animal, que me había salvado la vida una hora antes, sentía viva estimación por mí. Yo, a mi vez, prodigaba muchas caricias al pobre Blak, del que me separé con honda pena para seguir a mi madre.

Por su parte, el leal can demostraba deseos de ir conmigo, y pareció que vacilaba entre su cariño y su deber. Pero el último triunfó al fin. Me siguió hasta un paraje donde pudiese, sin perder de vista al pequeño rebaño, acompañarme con los ojos. Sentóse sobre un peñasco, vuelta la cabeza hacia mí, y, enviándome a intervalos un lastimero aullido, permaneció en aquella actitud, inmóvil y quejumbroso, hasta que las sinuosidades del terreno lo ocultó a mis miradas; pero, aunque ya no podía ver-

le, continuaba oyendo sus tristes lamentos.

El mismo día mi madre me condujo a la ciudad, de la cual distaba el cortijo media legua aproximadamente. Iba a pagar el primer trimestre de mi pensión y a disponer que tomasen la medida de mi uniforme, de cuya confección se encargaba el propio establecimiento a fin de evitar diferencias entre las educandas.

Era un miércoles, y debía entrar en el colegio el lunes siguiente. A fin de que pudiese yo probarme el uniforme, la directora dispuso que el paseo del domingo lo darían por el lado de la alquería, con lo cual se brindaba un día de holgorio a las pensionistas, que iban a ser obsequiadas con un almuerzo de huevos frescos y leche acabada de ordeñar.

La visita se señaló para las nueve, y mi madre se encargó de todos los preparativos.

Fué la primera vez que me encontré en situación de apreciar el poder del dinero. Mi madre, humilde moza de labranza el día antes, a quien se trataba con aspereza y como a una fámula de último orden, mi madre, digo, parecía haberse elevado de un modo espontáneo, tácito, y sin previo acuerdo, al nivel de los otros sirvientes. Y todo por obra de un billete de cien libras que le habían visto, y que, si tenía el origen que se le atribuía, era más bien razón para humillarla que para enaltecerla.

Por la noche me acosté junto a mi madre, en una cama que me hicieron con un colchón tendido sobre sillás y debajo de la cual se escurrió mi fiel Blak, que, al verme de nuevo, me recibió con grandes muestras de contento, como si hubiese temido perderme para siempre.

Durante los tres o cuatro años anteriores y que habían transcurrido sin más alteración que el periódico cambio de estaciones, todos los días habían sido iguales para mí y jamás se me ocurrió pensar que el uno fuese más largo que el otro. Nunca había deseado acelerar la marcha del tiempo. Me levantaba al amanecer y me reco-

gía al cerrar la noche; repartía mi pan con Blak, y el resto, hecho migas, lo tiraba a los pájaros; tejía coronas de flores y me miraba en las cristalinas aguas del manantial, y, mecida en un ensueño indefinible, veía declinar el día completamente inconsciente de su duración.

Todo eso desapareció: en mi alma habíase operado un trastorno radical; los minutos me parecían horas, días las horas y años los días. Parecíame que nunca llegaría el suspirado momento de poder desprenderme de mis harapos y engalanarme con mi vestido azul, que mi fantasía embellecía doblemente, y con mi sombrero de paja, nimbo de mis vagas y primeras ambiciones. En cabal estado de vigilia, me asaltaban las inciertas e incoherentes visiones de los sueños: había querido trepar a una montaña bastante elevada para contemplar la cordillera que nos rodeaba; no concebía lo que podía existir más allá, pero estaba fuera de duda que había de ser más bello que el espectáculo abarcado por mis ojos.

¡Ay! Toda mi vida he querido subir a las montañas y divisar más allá del horizonte que Dios me ofrecía...

Por fin, llegó el día con tanto afán esperado. Aquella noche no pude conciliar el sueño, y al rayar el alba ya hacía mucho rato que había saltado de la cama. Mi madre se levantó casi al tiempo que yo. También ella se había comprado algunas prendas de vestir y ataviado con un esmero que no solía. Vistióse como las montañesas del país de Gales, y por primera vez advertí que hubo de haber sido muy hermosa, pues lo era todavía.

Luego que terminó su tocado, procedió al mío. Peinó mis cabellos, que eran magníficos y rizados, y, viendo que sólo llevaba puesta la camisa, quería que me vistiese con las ropas de la víspera, a lo que me opuse obstinadamente, diciendo que al despojarme de ellas, el día antes, creía haberlas abandonado para siempre.

Pareciéndome muy lindo su vestido, le pregunté si mis recursos me permitían comprarme uno igual. Me prometió uno más bonito aún, si al cabo de

un mes, la directora le decía que estaba satisfecha de mi conducta.

Hiceme propósito de poseer al término de aquel plazo el codiciado vestido.

Para no tener que ponerme de nuevo el viejo, me volví a la cama, a esperar la hora de la cita, señalada para las nueve.

Una cháchara jovial, parecida al rumor de una bandada de currucas, anunciome al fin la llegada de mis futuras compañeras. Mi madre, teniendo en cuenta la impaciencia que me devoraba, entró al punto con una vicedirectora que me traía el uniforme.

Componíase el ajuar de dos vestidos completos, exactamente iguales en la forma, y con la sola diferencia que el de los domingos era de un tejido más delicado y más vistoso dibujo. Las demás prendas, desde las medias a los escotes de camisa, se contaban por medias docenas.

Me resistía a creer que fuesen míos aquellos valiosos objetos depositados encima de mi cama.

Mi madre pidió su precio, y los pagó. Sólo entonces los consideré de mi pertenencia. Algo más de cuatrocientos francos fué el importe satisfecho por concepto de estas compras.

Nunca había visto tanto dinero.

Empecé a vestirme.

Las medidas habían sido tomadas por un sastre muy experimentado, por lo que todo resultó irreprochable. A los diez minutos, estaba dispuesta.

Un trozo de espejo, lujo inusitado en el cuarto de mi madre, permitió que me viese. Lancé un grito de alegría. Me encontraba mucho más linda que en la fuente. Mi amplio sombrero de paja, adornado de flotantes cintas azules, me sentaba, sobre todo, a las mil maravillas; y muy a menudo, en el transcurso del tiempo, hasta en la época de mi apogeo, cuando me proponía explotar mi belleza, no elegía otro tocado que el de la pequeña pensionista de Hawarden.

De un salto salí de mi cuarto, y de otro salto me encontré en el matorral.

Todas las pensionistas estaban allí.

Eran en número de sesenta, aproximadamente, de ocho a quince años.

Miráronme con más curiosidad que simpatía.

Una de las mayores dijo:

—No está del todo mal esta aldeanita.

Otra respondió:

—Sí, pero tiene trazas de torpe.

Sentí que el corazón se me oprimía. A mi entrada en la vida, era recibida por el desdén y el sarcasmo.

Permanecí de pie, muda, inmóvil, sintiendo que la afrenta enrojecía mi rostro.

—Pequeña—me dijo una tercera,—ve al cortijo, a decir que nos traigan los huevos y la leche.

Mi orgullo se sublevó.

—Dispense usted, señorita—le dije,—entiendo que no soy criada de ninguna de ustedes.

—No; pero, como su madre lo es de la alquería—repuso la primera que había hablado,—es de esperar que tendrá la bondad de servirnos. Estamos verdaderamente hambrientas.

En esto, mi madre salía por la puerta del cortijo. Fuí a su encuentro, y llorando me arrojé en sus brazos.

Preguntóme el por qué de mi llanto, que contrastaba con la alegría que me inundaba momentos antes.

En dos palabras la puse al corriente de lo acaecido.

La cortijera, que nos escuchaba, se acercó a las pensionistas.

—Señoritas—dijo,—mi granja no es una posada. Vendo, ciertamente, huevos, leche y manteca, pero en el mercado, no aquí. A ruegos de mi amiga, la señora Lyon, tenía verdadera satisfacción en obsequiarlas; pero, si la hospitalidad tiene sus deberes, también tiene sus derechos, y uno de éstos consiste en rechazar los insultos. Reclamo, pues, este derecho para mí y para todas las personas que se cobijan bajo el techo de mi casa.

—¡Bien dicho, señora!—exclamó la directora.—Le agradezco la lección, que yo me disponía a darles, pero la mía no habría estado a la altura de la suya. Aquellas de estas señoritas, que

quieran mostrarse dignas del honor que usted les dispensa, irán por sí mismas a buscar su desayuno a la granja. Y de antemano doy a usted muchas gracias en nombre de todas sus obsequiadas y en el mío. Las que no vayan, no almorzarán: a eso se reduce todo. ¡Señoritas, las que me amen que me sigan!

Y la directora, que se llamaba mistress Colmann, dando ejemplo, se encaminó a la alquería, seguida de todas las pensionistas, a excepción de las tres que me habían dirigido la palabra de un modo directo o indirectamente.

Poco después salía la señora Colmann llevando en una mano una cesta llena de huevos, y en la otra un gran cántaro de humeante leche.

Las dos vicedirectoras venían tras ella, llevando también un cesto de huevos y una gamella de leche.

La cortijera y mi madre seguían con dos enormes panes recién salidos del horno, de brillante y apetitosa corteza.

Cada una de las pensionistas llevaba su cubierto, compuesto de plato tenedor, cuchara y cuchillo.

Sentáronse sobre el césped, alrededor de la señora Colmann y de las vicedirectoras.

Puestas en pie y a corta distancia, las tres rebeldes formaban un grupo aparte.

—Señora Davidson—dije a la cortijera,—¿quiere usted darme seis huevos en una cestita, un cantarillo de leche y tres tazas?

Comprendió mi intención, y, abrázandome, me entregó lo que le pedía.

Me acerqué a las tres relegadas.

—Señoritas—dije,—¿quieren ustedes perdonarme el haber sido causa de su disgusto?

—Gracias—repuso la mayor de las tres,—no tenemos apetito.

—Emma—gritó la directora,—venga usted a abrazarme y siéntese a mi lado.

Dejé el cestito, el cantarillo y las tazas a los pies de las amoscadas doncellas, y fuíme a sentar junto a la señora Colmann.

La directora había dicho verdad:

era yo una buena muchacha. ¿Es culpa mía o del mundo, Dios mío, si he degenerado en la perversa criatura que se postra a tus pies?

## II

Después del desayuno, en el cual hicieron acto de presencia las tres pensionistas consabidas, sin participar de él, todas las niñas regresaron a la ciudad, bajo la dirección y vigilancia de la señora Colmann.

Por la mañana, antes del incidente a que me he referido, habría sido mi mayor deseo entrar el mismo día en el colegio y figurar sin más dilación en el número de sus alumnas; pero mi entusiasmo había decrecido, y solicité de mi madre permiso para quedarme un día más en la granja. Habiendo sido aceptada mi petición, acordóse que al otro día mi madre me acompañaría a mi nueva residencia.

La señora Colmann, que había observado el cambio operado en mí y que temía perder una pensionista, me prodigó muchas caricias, e indujo a algunas niñas, de entre las más pequeñas, a hacerme demostraciones de amistad; pero comprendí perfectamente que en concepto de aquellas señoritas nunca dejaría de ser yo la *aldeanita*, la *pequeña campesina*, hija de una *criada de alquería*.

Estos pormenores que, considerados a la ligera, acaso parecerán pueriles, hermanados con otros de que hablaré más adelante, han ejercido inmensa influencia en mi vida. Las flores deben su esplendor y su perfume, y las frutas su belleza y sabor, no sólo a los cuidados más o menos hábiles y diligentes del jardinero que las cultiva, sino también a las condiciones atmosféricas del lugar en que se desarrollan. Mi defecto primordial era mi orgullo. El soplo del desdén y del menosprecio, lejos de extinguirlo, lo inflamó; y, lo mismo que Satanás, que era el ángel más her-

moso y más querido, también yo fui víctima de la soberbia.

Cuando la señora Colmann y las pensionistas se hubieron ausentado, me encaminé hacia la colina que me era tan conocida por haber, durante tres o cuatro años, conducido mi pequeño rebaño a pacer en ella.

Aquel collado era, los domingos, el sitio predilecto de algunos habitantes de la ciudad. Todos los de la alquería me habían visto ataviada con mis flamantes ropas; la impresión producida en ellos no debía, pues, renovarse; y por eso anhelé ser objeto de nuevas miradas y nuevas alabanzas.

Y así fué. Subiendo por la colina, tocada con mi amplio sombrero de paja, sueltos al viento mis abundantes cabellos, con la savia de vida y lozanía que destilaban mis rosadas mejillas, crucéme con varios grupos de paseantes y me adelanté a otros. Todos me miraron y algunos dijeron:

—¡Qué niña tan bonita!

Uno de ellos exclamó:

—¡Calle! ¿No es la zagala del cortijo de la señora Davidson?

—Sí, tal; es ella.

Esta interpretación, que, por lo demás, no tenía nada de malévolas, turbó toda la alegría que los anteriores elogios me habían producido. Caí en un abismo de tristes reflexiones y seguí mi camino, puesta en el suelo la mirada y dejando caer de mis manos, una a una, las flores que había cogido para tejerme una corona.

Súbitamente llegó a mis oídos el ladrar insinuante y festivo de Blak que, habiéndome reconocido de lejos, venía a mi encuentro velozmente, en ademán de saltar sobre mí, como así lo hizo. El pobre animal no se cuidaba de mi vestido, y se creía autorizado a continuar tratando a la futura pensionista de la señora Colmann cual solía tratar a la humilde conductora de carneros. Un ¡aparta, Blak! acompañado de un varapalo aplicado a sus irrespetuosas patas, que le arrancó un grito de dolor, fué la única recompensa que, en pago de su jovial y tierna demostración, obtuvo aquel amigo mío, sin duda el más fiel de cuantos he tenido y tendré.

Blak se alejó corrido y sacudiendo la cabeza, produciéndome la impresión de que sostenía un mental soliloquio.

El pastorcillo que me había substituido, se puso en pie, al ver que me acercaba. Era evidente que no me reconocía. Cuando sólo nos separaban unos cuantos pasos, dijo, levantando la voz:

—¡Ah, es usted, señorita Emma!... ¡Y cuán linda es usted!

Le sonreí. Era el primer cumplido exento de mácula, sincero, que se me dispensaba, y que acepté con agrado desmedido.

Luego se verá la influencia que aquellas breves palabras tuvieron en mi destino.

—Buenos días, Ricardo, le contesté. Eres un excelente muchacho. También lo serías tú, si llevases un buen traje.

—¡Oh!—repuso,—yo no soy más que un sencillo campesino, y es casi seguro que nunca cambiaré el que llevo por otro mejor; pero, en cuanto a usted, cambia de aspecto la cosa, puesto que se ha averiguado que pertenece usted a la clase señorial.

Aludía a los rumores que circulaban acerca de las presuntas relaciones de mi madre con el conde de Halifax, a raíz de haberle enviado éste la suma de cien libras esterlinas.

No le respondí, porque no comprendía bien el sentido de sus palabras. Pédile noticias de su hermana, jovencita de mi edad, poco más o menos, que servía en una granja vecina de la nuestra y que se llamaba Amanda Strong.

—¡Ah!—exclamó,—está buena, y se daría por muy contenta si la viese a usted tan elegante y con tanto lujo vestida.

—¿Eso crees?—le pregunté.

—¡Oh, sí!—respondió.—La quiere a usted de veras, señorita Emma, y el bien ajeno no provoca en ella ninguna envidia.

A la sazón me encontraba yo cerca del manantial; me incliné para mirarme en sus aguas, pero no me atreví, no sé por qué, en presencia de Ricardo, dar a mi imagen el beso que acostumbraba cuando estaba a solas.

—¡Ah!—dijo sonriendo Ricardo,— mírese usted en nuestros arroyos... Algún día, señorita Emma, irá usted a la ciudad, y se mirará en grandes y dorados espejos, como los hay en los bazares de Hawarden. Cuando pase por enfrente de ellos, podrá usted detener su paso y contemplarse de cuerpo entero, sin necesidad de hacer el menor dispendio.

Me senté junto a la fuente, no intentando ya buscar en ella una imperfecta reproducción de mi imagen, pero, en cambio, soñando que me veía reflejada en un grande y hermoso espejo de dorado marco, en una lujosa sala alhajada con ricos tapices y cortinajes de seda azul como mi vestido y amueblada con gusto y elegancia. Entorné los ojos para substraerme a la visión de la realidad y concentrarme en mi delirio.

¡Ay! ¡cuántas veces no he sido presa de esos delirios, proféticos deslumbramientos de lo porvenir!

¿De dónde podían venir esas visiones de cosas que me eran desconocidas? Acaso mis primeras miradas habían centelleado en un ambiente de esplendores fugaces, pero que, al desvanecerse, dejarían en mi tierna memoria reflejos de un mundo anterior. Cuando hablaba de esos vacilantes recuerdos a mi madre, limitábase ésta a decirme que tal vez había yo tenido por madrina alguna hada que me hubiese conducido de noche a través de alcázares dorados.

Una vez más cogíome de la mano mi madrina, y, abriendo los ojos que acababan de reverberar todos los colores del arco iris:

—Adiós, Ricardo—exclamé, dirigiéndome al pastorcillo.—Mañana me voy al colegio de la señora Colmann; pero los jueves y domingos vendré a la granja, y de vez en cuando subiré hasta aquí para verte.

Y me alejé sin acordarme de Blak. El pobre animal me siguió un corto trecho, y se sentó para verme bajar de la colina.

Dirigí una postrera mirada a aquel rincón que fué el Edén de mi juventud, y que se me representa aún con su

tupido arbolado de encinas y de enebros, su meseta cubierta de matizados arbustos, su manantial que salía impetuoso del seno de la tierra y se precipitaba por el valle formando pequeñas cascadas. Ricardo estaba ocupado en quitar con su cuchillo la corteza de una vara; los carneros pastaban acá y acullá, a cortos pasos de él; Blak se había tumbado, mirándome tristemente. Por mi parte, ni siquiera se me ocurrió llamarlo para prodigarle algún consuelo. El pobre, cuando me vió, había intentado hacerme comprender que su cariño continuaba siendo el mismo; pero no me había dicho, como Ricardo, que era bonita.

Aquella fué mi primera ingratitud.

En cambio, mostréme excesivamente reconocida para con Ricardo, como se verá más adelante.

El día siguiente, según lo convenido, mi madre me acompañó al establecimiento de la señora Colmann. Fuí recibida como se recibe, los primeros días, a todo alumno recién entrado y a toda religiosa en el período de noviciado. A las subdirectoras se les previno que me guardasen toda suerte de miramientos, y la misma señora Colmann condujo a mi madre al dormitorio, le mostró la limpia y recién preparada cama que me habían destinado, y, uno tras otro, todos los útiles y enseres de tocador elegidos para mi uso.

Me despedí de mi madre sin verter muchas lágrimas.

Me preguntaron de cosas que ya conocía. El examen no fué largo. No sabía nada más que mis oraciones de la mañana y de la noche, conforme al rito anglicano, en el cual había sido educada. De lectura y escritura, no había para qué hablar. Ni siquiera conocía las letras de mi nombre. Hubo, pues, imperiosa necesidad de ponerme a deletrear, lo que equivale a decir que me pusieron en la clase de las niñas de cinco a seis años, entre las cuales era yo la mayor, pues tenía nueve.

Fué una grande humillación para mí; pero, en tal circunstancia, mi orgullo, que a menudo fuéme tan funesto, me resultó beneficioso aquella vez. Teniendo vergüenza de estar en la cla-

se inferior, realicé esfuerzos inauditos para encontrarme en aptitud de pasar a las superiores. A los tres meses leía medianamente y empezaba a escribir. Entonces me pasaron a la clase de aritmética y de inglés, donde permanecí siete u ocho meses, al cabo de los cuales entré en la llamada clase de los mayores.

Había ya conseguido algunos progresos en dichas materias, cuando cierta mañana vino mi madre a notificarme, anegada en lágrimas, que mi protector, el conde de Halifax, acababa de morir de resultas de una caída de caballo, y sin habernos dejado nada de herencia.

Mi pensión, pagada por anticipado, vencía al cabo de un mes; pero, transcurrido ese plazo, mi madre se veía obligada a suspender mi educación, por falta absoluta de recursos con que sufragar los gastos que la misma originaba.

La noticia de que la pequeña campesina, cuyos progresos habían con frecuencia humillado a muchas de sus condiscípulas, iba nuevamente a verse en situación de tener que guardar carneros, produjo general alegría en la clase superior, a la que pertenecían las tres enemigas mías que habían conservado hacia mí un rencor invencible. Inspiré alguna lástima entre las más pequeñas, varias de las cuales me habían otorgado su amistad. Al despedirse de mí, la señora Colmann simuló que se enjugaba una lágrima, para dar buen ejemplo a las pensionistas; pero ni siquiera por pura fórmula me invitó a continuar gratuitamente en su casa para completar mi educación, por más que solía decir, singularmente cuando mi madre venía a pagar el trimestre, que yo sería, a la vuelta de dos o tres años, el orgullo de su establecimiento.

Salí de éste, llevándome todos mis objetos de tocador y un vestido de uniforme completamente nuevo, cuyo uso me fué terminantemente prohibido por la señora Colmann, dado que había yo dejado de pertenecer a su colegio.

Por lo demás, salí de él, después de diez y ocho meses, con una educación superficial, iniciada en todas las mate-

rias de estudio y en ninguna con perfectos conocimientos. Sabía leer y escribir; un poco de cálculo; otro tanto de geografía y de historia; algunos rudimentos de música y dibujo, en una palabra, nada que pudiese serme de utilidad, exceptuado la lectura y la escritura.

Eso no era lo bastante para labrar mi felicidad; pero, en cambio, era más de lo que se necesitaba para arrastrarme a la perdición.

También mi madre tocó las consecuencias del infortunio que me afligía. Vista la situación precaria de la infeliz viuda, entró de nuevo en la granja a ocupar el cargo primitivo, esto es, como criada.

En cuanto a mí, que un remedo de instrucción me había dado cierto barniz de señorita, no servía para nada. No podía volver a ser la zagala de antaño, con mi vestido azul celeste y mi gran sombrero de paja. Así, pues, me buscaron un empleo adecuado a mis condiciones.

Una mañana, la hermana de Ricardo, Amanda Strong, vino a anunciarnos que su madre había encontrado el solicitado empleo. Tratábase de entrar en calidad de niñera y maestra de primeras letras en casa de mister Tomás Hawarden, que llevaba, no sé cómo ni por qué, el nombre de la ciudad donde residía. Era cuñado del último aldermann (1) Boydel y padre del ilustre cirujano de la plaza Leicester.

El puesto que se me ofrecía, distaba mucho de llenar mis ambiciones; pero era preciso vivir, y no estaba en mí la elección de los medios.

Me arreglaron un ajuar con los restos del que había usado en el colegio; se reformó mi vestido azul celeste en otro ordinario, y, como quiera que ganaba doce chelines mensuales, además de casa y comida, acordóse que los ahorros serían aplicados a la reparación de mi incompleto vestuario.

Suponía para mí una grande humillación tener que regresar a Hawarden en una condición rayana con la servidumbre; pero ello era uno de los innú-

(1) Teniente de alcalde.

meros caprichos del dios Azar, que parecía complacerse encumbrándome unas veces, humillándome otras.

¡Bien sabes tú, Dios mío, que siempre te he bendecido e implorado con mayor ternura y gratitud en la desgracia que en la cúspide de mi grandeza!

### III

Entré en casa del señor Tomás Hawarden el 20 de septiembre de 1776. Mi edad sería de doce años, o trece a lo sumo.

El señor Hawarden era un puritano de probidad reconocida, serio y equitativo en todas sus cosas. Su mujer mostrábase de condición rígida e insensible. Los niños que debían estar bajo mi cuidado eran huérfanos de madre, la cual era hija única de los esposos Hawarden y murió de una enfermedad del pecho mientras su marido realizaba un viaje por América.

Eran tres: los dos mayores tenían cuatro y cinco años; el último estaba aún en la lactancia.

El gran péndulo, semejante al del tío Tobías, parecía ser la divinidad reguladora de la casa. Todos los sábados, al mediodía en punto, se le daba cuerda, y, a favor de esta práctica, a la que nunca faltó una sola vez el señor Hawarden, la semana entera se deslizaba dentro de un método tan matemático como las oscilaciones del péndulo.

Si se me pregunta quién se encargaba de darle cuerda en substitución del señor Tomás Hawarden, cuando éste no se encontraba en casa el sábado al mediodía, responderé que el señor Hawarden, atento a la importante función que sobre él pesaba, regresaba a las once y media, si había salido, o bien salía media hora más tarde, si algo reclamaba que saliese.

Durante un año que permanecí en su casa, no vi jamás al señor Hawarden dar un paso más rápido que el otro, ni le oí pronunciar una palabra en un

diapasón diferente. No le vi tampoco sonreír una sola vez, ni enfadarse ni dejar de practicar el bien, ni cometer una injusticia, por trivial que hubiese sido.

La señora Hawarden era, rigurosamente hablando, la sombra de su marido. Me producía el efecto de esas mujeres bonachonas que señalan con barométrica precisión la bonanza o la borrasca; la mujer que anda como un autómatas detrás de su consorte, repitiendo todos los movimientos de éste, abriendo su paraguas si él lo abre anunciando tormenta, cerrándolo, si el otro le cierra como indicio de estar sereno el firmamento.

El señor Tomás Hawarden debía de ser rico, aunque jamás vi relucir en la casa otro dinero que los doce chelines que cada día primero de mes, a las diez de la mañana, recibía con la acostumbrada puntualidad de la casa de las blancas como el marfil y enjutas manos de la señora Hawarden. La casa que era propiedad de ambos cónyuges, daba, por uno de sus lados, a la calle principal de la ciudad; y por el otro, a un jardín cruzado de viales enarenados, de arriates rodeados de siempre verdes arbustos, y de tejos podados en pirámide. Un jardinero cuidaba de este pequeño huerto, del que no vi jamás una hoja seca ni una flor destrozada. Los niños se paseaban por él, pero sabían que no podían jugar y que les estaba prohibido tocar ninguna flor ni fruta.

Todos nos levantábamos a las seis, en verano; a las siete, en invierno. A las ocho, toda la familia, señores y servidumbre, el niño y la nodriza inclusive, nos trasladábamos a un oratorio en el que, sujeta a un pupitre, había una Biblia con broches de acero. El señor Hawarden abría este libro y leía una oración; su mujer respondía: *Amén*. Luego cerraba el volumen, y se pasaba al comedor, donde estaba servido un almuerzo compuesto de algún lacticinio, manteca y huevos. Una gran tetera, de seis tazas de cabida, estaba llena. Era potestativo de todos el tomar a discreción de su contenido, pero ninguno repetíamos más de una vez,

por tácito convenio. Cinco éramos los que nos sentábamos a la mesa: el señor Hawarden, su esposa, los dos niños y yo, que, merced a la índole de mis funciones que me elevaban a la categoría de institutriz, disfrutaba del privilegio de comer en la mesa con los señores, lo cual, a mi entender, no inspiraba mucha envidia a los otros sirvientes.

Cuando el péndulo dejaba oír ese a manera de escape que en tales artefactos precede al toque, todo el mundo se levantaba; de suerte, que muy contadas veces dejábamos todos de estar en pie al tiempo de dar la media.

A las doce en punto volvíamos a la mesa para comer, excepto los sábados, que retardábamos un minuto, por razón del trabajo que sobre el señor Hawarden pesaba de tener que dar cuerda al péndulo. La bebida ordinaria era cerveza, pero a cada uno se le servía un pequeño vaso de vino de Burdeos, y a los niños medio vaso. La comida duraba una hora.

A las cinco merendábamos emparejados, pan de centeno, manteca y tortas. Volvía a parecer la tetera del almuerzo, conteniendo la única bebida de la merienda, la cual duraba media hora, lo mismo que la refacción de la mañana.

A las ocho, la cena, que, poco más o menos, era la reproducción de la comida, con la sola alteración de que a ella no asistían los niños, a quienes se les daba, a las siete y media, una rebanada de pan con manteca, o con miel, a su elección, y se les metía en cama treinta minutos más tarde.

Nunca los oí llorar, salvo que hubiesen recibido fuerte daño al caerse.

Los jueves, después del almuerzo se enganchaba el caballo a un modesto carruaje. Los niños, la nodriza y yo tomábamos asiento en él, y el cochero nos conducía hacia algún prado de las cercanías de la ciudad de Hawarden.

Tales paseos eran ocasión de holgorio para nosotros. La atmósfera de hielo que flotaba en la casa y nos envolvía, evaporábase a la acción de los rayos solares. Todos, incluso el tierno lactante, nos sentíamos más alegres y ani-

mosos. La nodriza paseaba; los dos niños y yo corríamos por el prado cogiendo flores y persiguiendo mariposas.

Los niños me amaban con idolatría, porque era yo tan criatura como ellos.

Los sábados por la tarde, después de la merienda, todos los de la casa subíamos en el coche, menos el jardinero, que se quedaba en su choza del huerto para guardar la vivienda, y nos encaminábamos a *la campiña*.

Dábase este nombre a una gran quinta situada a dos leguas y media de Hawarden, entre Chester y Flint, a orillas del Dee, y distante poco más de un hilómetro de su desembocadura en el mar de Irlanda, o por mejor decir, en el golfo que forma ese mar.

Se invertía dos horas y diez minutos, ni uno más, ni uno menos, en recorrer el trayecto que habíamos de salvar. El cochero zurriagaba tres veces al caballo: la primera, al arrancar, otra a medio camino y la última al llegar a la alameda.

La primera vez que vi el mar, experimenté una profunda sensación. A pesar de ser bastante estrecho el golfo de Dee, se podía, desde lo alto de un montículo, descubrir en el horizonte la dilatada superficie del mar. Extendí un brazo hacia el espacio infinito con el mismo arrobamiento que lo habría dirigido a la eternidad.

Durante siete meses consecutivos comprendidos en la primavera, el verano y parte del otoño, pasábamos el domingo en la *campiña*. Era una costumbre invariable. Aquel día lo consagrábamos a la oración y al paseo, y me era confiada la dirección de los niños, no solamente después del almuerzo, sino también después de la comida.

Allí no teníamos necesidad del carruaje. Situada *la campiña* en la margen derecha del Dee, entre este río y el golfo, podíamos, a voluntad, ir a la playa a recoger conchas, o al ribazo a coger flores. Todo el terreno comprendido entre el río y el mar nos proporcionaba un paseo de tres cuartos de legua. En aquellos parajes gozábamos de más libertad que en la pradera de Hawarden. Eran, en resumen, dos

días de luz y cinco de sombra. Nunca, como entonces, ha corrido mi vida tan bien reglamentada.

Cierta día, un domingo de la primera semana de mayo de 1777, sobre las dos de la tarde, encontrándonos a orillas del mar, vimos una esbelta barca de la que guardaban cuatro o cinco remeros. Los asientos de popa estaban tapizados con almohadones de terciopelo.

A pocos pasos percibimos a un hombre ocupado en dibujar una campesina del país de Gales con un niño en brazos. A su lado y puesta en pie, una joven miraba por encima del hombro del dibujante el desarrollo del dibujo.

El hombre y la joven, aunque vestidos con trajes de campo, nevelaban ser de condición en extremo elegante. Se adivinaba que eran vecinos de Londres perdidos en la Flintshire.

Los niños, movidos a curiosidad, corrieron hacia el grupo. Los llamé; pero como eran, en dejándolos en libertad, tan voluntariosos como obedientes en casa, no me escucharon, y continuaron corriendo hasta que hubieron llegado el uno junto a la señora y el otro al lado del caballero.

Ambos se dieron vuelta.

—¡Hermoso niño!—dijo el dibujante, colocando una mano sobre la cabeza del chico para verle mejor.—¿Cómo se llama usted, amiguito?

—Eduardo—respondió el niño.

—¿Y usted, señorita?—preguntó a la niña.

—Sara—fué la respuesta de la interrogada.

—¿No es eso singular, Arabela?—dijo el dibujante.—¡El nombre de mis dos hijos!

Luego exhalando un suspiro, añadió:

—La última vez que los vi, tendrían esta edad...

Y quedó meditabundo, sin pensar en reanudar su trabajo.

Entretanto, la señora, que se había fijado en mí, tenía clavados sus ojos en mi rostro.

—Es, a fe mía, una espléndida belleza—murmuró.—Mire, Rowmney.

Y le puso la mano en el hombro para sacarle de su abstracción.

El pintor sacudió la cabeza, con inequívoco gesto de hombre que quiere alejar de su memoria un recuerdo sombrío.

—¿Qué dice usted, Arabela?—preguntó.

—Que desvíe usted su mirada y la vuelva hacia atrás.

El pintor se volvió a mirarme, y pareció sentirse hondamente asombrado.

—Acérquese usted, señorita—me dijo la señora,—y deje que la miremos a nuestro sabor. Es usted harto bonita para que, al mirarla, no se experimente un vivo placer.

El rubor enrojeció mi rostro, pero mi corazón palpitaba de alegría. Ya no era un simple pastorcillo el que me llamaba linda; ya no eran adustas pensionistas que, sin dejar de tenerme por zafia y desmañada, me tenían por hermosa: era un caballero y una señora de la ciudad que me admiraban sinceramente y sin restricción.

Me acerqué maquinalmente.

El pintor me tendió la mano; yo le alargué la mía.

—¡Qué mano!—exclamó.—No hay que admirar en ella su belleza actual, sino su futura belleza. Observe usted, Arabela.

—¡Oh! La miro con tanto agrado como usted, Rowmney. A Dios gracias, no soy celosa. ¿Me permite usted que le pregunte su nombre, señorita?

—Señora, me llamo Emma—respondí.

—¿Y su edad?—preguntó el pintor.

—Debo de tener unos catorce años, señor.

—¡Cómo! ¿No lo sabe usted de cierto?

—Mi madre no me ha revelado nunca mi edad de un modo preciso.

—Será hija de alguna duquesa—dijo Rowmney.

—No, señor—observé yo;—soy hija de una simple campesina.

—¿Son hermanos suyos estos dos niños?—preguntó la señora.

—No, señora; estoy en casa de su padre para cuidar de ellos y enseñarlos a leer y escribir.

—¡Qué triunfos no alcanzaría en Londres esta joven, con semejante palmito!—dijo la señora inclinándose hacia el pintor y hablando a media voz.

—¡No vaya usted a perderla, espíritu tentador!

—Mis Emma—me dijo el pintor,—¿quisiera usted dispensarme un señalado servicio?

—Con la mayor satisfacción — contesté.—¿Cuál?

—¿Quiere usted permanecer cinco minutos en actitud que me permita trazar un diseño de su persona?

—Con mucho gusto, señor.

—En este caso, continúe usted en la posición de ahora.

Obedecí. El artista dió media vuelta en el taburete, y en menos de diez minutos hubo terminado un encantador esbozo mío a la acuarela.

Yo seguía con mirada ávida los trazos que el pincel imprimía en el pergamino.

Cuando el diseño estuvo terminado, el pintor me lo mostró.

—¿Lo reconoce usted?—preguntóme.

—¡Oh!—le dije, enrojeciendo de gozo,—no soy tan bella como represento aquí.

—¡Mil veces más! Pero comprenda usted, Arabela, que este cutis diáfano y esta nítida mirada y estos cabellos artísticos, ondulantes, reclaman un trabajo al óleo... Cuando esté usted cansada de la vida provinciana, véngase a Londres, señorita, y yo le daré, por cada sesión de una hora que usted quiera concederme, lo que gana en un año como institutriz de estos dos niños.

—¡Rowmney! Llámeme usted ahora espíritu tentador.

—Arabela, no me opongo a que, por su parte, haga usted sus proposiciones.

—Y yo, si usted viene a Londres, y se conforma con el modesto cargo de señorita de compañía retribuido con diez libras mensuales, tendré en toda ocasión sumo placer en recibirla... Déme usted papel y lápiz, Rowmney.

—¿Qué quiere usted?

—Dar mi dirección a esta niña encantadora.

—¿Con qué objeto?—murmuró Rowmney encogiéndose de hombros.

—¡Vaya usted a saber!—repuso Arabela.

—¿Y se atreverá usted, Arabela, a tener en su casa una belleza semejante?

—¿Por qué no?—respondió la señora con aire de desafío.—Yo soy mujer que busco las comparaciones en vez de evitarlas.

Luego, volviéndose hacia mí:

—De cualquier modo—dijo,—he aquí mi dirección, señorita.

Y me entregó un papel, en el que aparecían escritas estas palabras: *Miss Arabela, Oxford street, 23.*

Lo acepté ignorando el destino que iba a darle, sin propósito de servirme de la dirección en él contenida; lo cogí como Eva hubo de coger la manzana, acaso sin intención de comerla.

—Vámonos, Rowmney—dijo la joven empujándole hacia la barca:—dentro de una hora debemos estar en Park-Gate, donde somos esperados, y hay que atravesar todo el estrecho.

El pintor se puso en pie, arrojó un luis a los pies de la campesina que le había servido de modelo, y al pasar junto a mí, me dijo, saludándome al propio tiempo con un movimiento de mano:

—Venga usted a Londres, señorita, y será una dicha; no vaya, y quizá sea mejor. Entretanto, ¡adiós... o hasta más ver!

—¡Hasta más ver!—exclamó Arabela, entrando en la pequeña embarcación.

Y la frágil navicilla se alejó velozmente bajo el vigoroso esfuerzo de los cuatro remeros.

Emprendí cabizbaja con los niños el camino de regreso.

## IV

Si se recuerda la impresión que me había producido Ricardo el día en que me transportó a la región de las fan-

tasías, incitándome a que me mirase en un espejo de dorado marco, se comprenderá el influjo que ejerció en mí mente la conversación habida con el pintor y su bella compañera.

No comprendía el sentido de la mitad de las palabras que entre sí habían cambiado, o que me habían dirigido; pero no era ningún misterio para mí que el pintor me había dicho que me daría cinco libras por cada sesión que le concediese para modelo, y que miss Arabela me ofrecía diez libras mensuales si quería entrar a su servicio como señorita de compañía; había comprendido, en fin, que ambos aseguraban que mi ida a Londres sería mi fortuna.

Ciertamente, no era muy elevado el puesto que me brindaba una mujer cuya condición me parecía sospechosa; pero para mí, humilde hija de una moza de labranza, para mí, pastora tres años atrás, pensionista menospreciada de la señora Colmann hacía uno y medio, y actualmente preceptora de niños con cuatro peniques por día, era un gran paso dado hacia esa prometida fortuna el percibir cien libras anualmente en vez de siete u ocho.

Y por otra parte ¡Londres!... La ciudad de mágico nombre, de la que todo el mundo hablaba, adonde todo el mundo quería ir y donde se precipitaban todas las ambiciones como los ríos en el mar. ¡Londres! sólo el vivir en él, ya encerraba de por sí un valor inmenso. ¡Qué diferencia entre la vida en una ciudad de millón y medio de habitantes y la vida en un lugar del Flintshire, montañoso y a corta distancia de las tristes y solitarias playas del mar de Irlanda!

En tal disposición de ánimo, al volver el lunes por la mañana a Hawarden, parecióme la casa más sombría y monótona que nunca.

Una circunstancia contribuyó a aumentar mi tristeza. Según costumbre, el jueves siguiente acompañé a los niños a jugar en la pradera. En sus juegos, yo no tomaba parte ya. Estaba sentada sobre el tronco de un árbol tallado, fijo mi pensamiento en aquella populosa ciudad desconocida, centro de

mis anhelos todos, cuando oí un ruido de pasos y un alegre rumor de voces.

Levanté la cabeza. Eran mis antiguas compañeras de colegio que venían en dirección al sitio en que yo me encontraba.

Me puse en pie para saludar a la señora Colmann, que apenas pareció reconocermé. Me correspondió con un ligero movimiento de cabeza, sin dirigirme la palabra.

Las tres señoritas enemigas mías me reconocieron. Al pasar frente a mí, la mayor, que se llamaba Clarice Damby, dijo a su compañera Clara Sulton:

—¡Hola! Mira a nuestra antigua condiscípula Emma Lyón; a juzgar por sus ropas, que todavía son las del colegio, no deben resultarle más lucrativas las funciones de institutriz que la ocupación de guardar carneros.

A estas palabras siguió una risotada lanzada por aquellas rencorosas colegialas.

Algunas, entre las más pequeñas, advirtieron mi presencia, y una sola se separó de las demás y vino a abrazarme. Se llamaba Fanny Campbell, y era hija de un sargento de marina.

Veintidós años después, aquel beso salvó la vida a su hermano.

Pero el beso no pudo borrar el sarcasmo que a él había precedido.

Era verdad; yo llevaba aún mi vestido de pensionista. Había conservado con tanto cuidado el del domingo, que todavía podía usarlo, lo cual me había permitido ahorrar, uno sobre otro, los doce chelines que recibía cada mes.

Estos ahorros constituían mi tesoro, o mejor dicho, mi libertad.

Había reunido, en el tiempo que estaba en casa del señor Hawarden, seis libras. Las guardaba en un cajón de la cómoda de mi cuarto, cuya llave no se separaba de mí; precaución inútil, por otra parte, en aquel hogar. Habría podido tirar al suelo el diamante del Gran Mogol, sin temor de que nadie se apoderase de él.

Clarice Damby tenía razón: yo conservaba la misma ropa. Pero, si me trasladaba a Londres, si me prestaba a servir de señorita de compañía y de modelo, podría cambiar de vestido ca-

da mes, cada quince días, cada semana.

Nunca la tentación se enseñoreó del corazón de una mujer con tanta fuerza como en aquel momento, hizo presa del mío. Miré el papel que guardaba en mi seno, y por dos veces repetí:

—Miss Arabela, Oxford street, 23.

Podía extraviármeme el papel; pero la dirección quedaba grabada en mi memoria con caracteres indelebles.

Al entrar en casa del señor Hawarden, encontré un nuevo huésped. Era el señor Jaime Hawarden, el hijo, de quien ya dejó dicho que ejercía de cirujano en la plaza Leicester.

Venía de Londres, y se proponía permanecer ocho días en la casa paterna. Así, pues, durante el mencionado lapso de tiempo iba yo a tener ocasión de oír hablar de Londres.

Mi rostro produjo en él el efecto que producía a todos. Me dirigió varias preguntas relativas a mi familia y a mí individualmente. Me preguntó qué me proponía hacer y por qué no me iba a Londres. Díjome que él se encargaría de colocarme en condiciones ventajosas, y, por fin, en tanto que mi pecho latía con violencia a impulsos de la esperanza y del deseo, mirándome con una intensa expresión de interés:

—No —añadió;— es preferible que no conozca usted aquella ciudad.

Ardía yo en deseos de interrogarle; pero no me atreví, por estar presente el señor Hawarden padre. Pero éste salió de la habitación, y, por consiguiente, quedamos a solas el hijo y yo.

Faltóme tiempo para preguntarle:

—¿Conoce usted al señor Rowmney?

—¿A cuál de los Rowmney?—preguntóme a su vez el señor Jaime Hawarden.

—El pintor—respondí.

—¿Quién no conoce a Rowmney? Es el primero entre los retratistas modernos.

Luego, encogiéndose de hombros:

—¡Qué desgracia!—añadió,— pero no terminó la frase.

Le miré; le interrogué con los ojos, no atreviéndome a hacerlo de palabra.

—Sí—dijo;—¡qué desgracia que un genio tan preclaro vaya asociado a una

inmoralidad tan censurable! Tenía Rowmney una mujer adorable y dos niños encantadores, y los ha abandonado para hacer vida común con mujercillas de teatro y depravadas cortesanas que agostan su salud y dilapidan su dinero. Es verdad que, por su arte, nada regatea; sería capaz de pagar a una modelo veinticinco libras esterlinas, si ese modelo brindase a su pincel la reproducción de una belleza peregrina. Pero, ¿cómo es que conoce usted a Rowmney?

—No le conozco—contesté, sintiendo que la sangre aflucía a mi rostro.—Es, simplemente, que en el colegio donde yo estaba había una pensionista emparentada con él.

El señor Hawarden volvió a entrar, y yo me callé. El severo puritano habría sin duda tomado a mal el verme en conversación con su hijo sobre un tema de tal naturaleza.

No volví a hablar de Rowmney al señor Jaime Hawarden; ya sabía de él lo que deseaba. El mismo señor Hawarden me lo había dicho: Rowmney era capaz de pagar veinticinco libras esterlinas a una modelo que le ofreciese algún nuevo tipo de belleza.

Me abstuve de hablarle de miss Arabela; quería ignorar quién fuese ella; la ignorancia me autorizaba a usar de su ofrecimiento.

Además, lo primero que se apresuraban a decirme cuantas personas me veían, era en sentido de aconsejarme que me fuese a Londres; pero dábase el caso que todos, volviendo sobre su primitivo consejo, me decían luego lo contrario.

¿Qué pavoroso misterio encerraba Londres? Entre el millón y medio de habitantes que contenía la inmensa ciudad, había más de doscientas mil jóvenes de mi edad. ¿Y acaso eran unas pervertidas por vivir en Londres?

Al cabo de ocho días, el señor Jaime Hawarden se ausentó. Su interés por mí habíase acrecentado, y al despedirse, me suplicó que, si algún día iba yo a Londres (lo que no me aconsejaba), no le olvidase.

—¡Como si pudiera yo olvidarle! Había grabado en mi memoria las se-

ñas de su domicilio, con la misma precisión que las de miss Arabela.

Algunos días después de su partida, hizo la casualidad que, yendo yo a buscar a los niños que estaban en casa de una parienta de la señora Hawarden, pasase por enfrente del depósito de espejos de los que me había hablado Ricardo cuatro o cinco años antes.

Me estremecí viéndome de cuerpo entero en uno de aquellos espejos expuestos al público. Contra mi voluntad, me detuve como fascinada por mi propia imagen.

Así absorta, sentí que me tocaban en la espalda. Me volví, y me encontré con Amanda Strong, a quien no había visto hacía cerca de un año.

La miré con sorpresa, porque, sin estar elegante, su atavío era superior a lo que correspondía a su condición.

Adivinando mi pensamiento, no me dió tiempo para formularlo.

—¿Qué haces?—me dijo.

Me eché a reír.

—Ya lo ves—respondí.

—Sí, te estás contemplando en un espejo, te encuentras hermosa, y no te equivocas. Si yo fuese tan bonita como tú, bien sé lo que haría.

—¿Qué harías?

—No permanecería mucho tiempo en el ducado de Gales.

—¿Adónde irías?

—A Londres. Todos dicen que con una linda cara, se prospera en Londres. Ve tú primero, y cuando seas millonaria, tómame a tu servicio como camarera.

Lancé un suspiro.

—No me faltan deseos—observé.

—Pues, entonces, ¿quién te lo impide?

—¿Cómo quieres que, a mi edad, me vaya sola a Londres?

—Si sólo te falta una compañera de viaje, heme aquí.

Clavé mis ojos en ella.

—¿Hablas en serio?—dije.

—Muy seriamente.

—Pero se necesita mucho dinero para ir a Londres.

Nada de eso; me he informado en Chester, y con una libra se paga el importe de un asiento en la diligencia.

Tomaríamos uno para ti y otro para mí, y, con un gasto total de dos libras, henos en Londres al cabo de tres días.

—Pero, ¿y tu madre?

—¿Mi madre?—repetió Amanda, bostezando ligeramente.—Estoy indispuesta con ella, desde que salí de la alquería.

—¿Conque ya no estás en casa de la señora Revers?

Así se llamaba la dueña de la granja donde servía Amanda.

—No; pero ¡bah! prefiero que lo sepas todo de una vez. Figúrate que su hijo Carlos, que es guardia marina, vino a verla. Durante su estancia en el hogar materno, me requirió de amores. Le dejé que me hiciese la corte, porque, a decir verdad, Carlos me parecía un guapo mozo... Su madre miró aquello con malos ojos, y me despidió. Carlos entendió que me debía una compensación por haber sido el causante de lo ocurrido, y antes de regresar a bordo, me regaló quince libras, de las cuales he invertido cinco en proveerme de prendas de vestir, que me eran muy necesarias. Me quedan diez. ¿Quieres venir a Londres conmigo? Te doy la mitad de mi capital, esto es, cinco libras... ¡Tú me las devolverás! Estoy segura de que me las podrás devolver.

—Gracias, Amanda—le dije;—pero casi soy tan rica como tú; tengo siete libras.

—Pues, entre las dos, reunimos diez y siete libras. Con esta suma, podemos dar la vuelta al mundo, sin contar con que Carlos navega nada menos que en un buque almirante.

—¡Oh!—exclamé.—Si yo tuviese la seguridad...

—¿De qué?—preguntó Amanda.

—De que la señora que me dió su dirección se encuentra ya de regreso en Londres.

—¿Una señora te dejó las señas de su domicilio?

—Sí.

—¿Y con qué objeto?

—Con el de recibirme en su casa como señorita de compañía. Me ofreció diez libras mensuales.

—¡Diez libras al mes! ¿Y estás in-